

«Predicamos, dice San Pablo, á Jesucristo crucificado, objeto de escándalo para los judíos y de locura para los gentiles». En efecto, los hombres han mirado como una locura que el Autor de la vida muriera por ellos; y han tomado ocasión de escandalizarse de El, justamente por lo que debía hacerlos más agradecidos. Porque Dios merecía tanto más recibir del hombre dignos homenajes, cuanto por amor del hombre sufrió los tratamientos más indignos de su soberana grandeza.» (Hom. XL in Ev.)

Tales son, según Santo Tomás, resumiendo la doctrina católica sobre este punto, los maravillosos efectos de la pasión del Redentor, de sus sufrimientos y de su muerte. Dulce es pensar, querido lector, que, siendo miembros de Jesucristo, nuestros sufrimientos, unidos á los de nuestra augusta Cabeza, participen en cierta medida de su divina eficacia. Por ellos, en efecto, el cristiano que los soporta, satisface en Jesucristo y por Jesucristo á la gloria de Dios ultrajada. Por ellos obtiene para su propia salud, y si lo pide para la salud de otros, una larga y abundante aplicación de los méritos y de los sufrimientos del Hijo de Dios. En el capítulo siguiente se hará resaltar más esta verdad tan consoladora, y tan propia para darnos valor en nuestras aflicciones.

CAPÍTULO VI.

DIVINA EFICACIA DE LOS SUFRIMIENTOS DEL CRISTIANO,
MIEMBRO DE JESUCRISTO.

¡Oh vosotros, cristianos afligidos, almas probadas, sea cualquiera la naturaleza de vuestras aflicciones y de vuestras pruebas, males, enfermedades, indigencia, reveses de fortuna, abandono de los amigos, tristezas de familia, separaciones dolorosas, calumnias, persecuciones, dificultades de la virtud, expiaciones voluntarias, tentaciones, exte-

rilidades, penas interiores del espíritu, del corazón, opresiones del alma, temores, aprensiones, sentimientos, memorias amargas, agonías, proximidad á la muerte, escuchad y consolaos. Miembros de Jesucristo por la gracia del santo bautismo y de los otros Sacramentos, sobre todo el de la santísima Eucaristía, vosotros entráis, en virtud de esta divina incorporación con vuestra divina Cabeza, en la participación de ella misma, es decir, de su vida, de sus virtudes, de sus méritos, de sus sufrimientos, de su naturaleza divina: *Divina consortes natura*. El Apóstol San Pedro es quien lo afirma. (II, Petr., I.) Cuando vosotros sufrís, es Jesucristo quien sufre en vosotros. Cuidad de mantener unido vuestro sufrimiento al de vuestra divina Cabeza; y su vida divina, esta vida mil veces deseable, con que vive como hombre Dios, se derramará en vosotros, pobres hijos de Adán, como se derrama la savia desde el tronco á la rama, para comunicarla su vida y su fecundidad. Purificado así vuestro sufrimiento, por su unión con el de vuestra divina Cabeza, os hará entrar en participación de la virtud de su pasión para vuestro provecho personal, y, mediante ciertas condiciones, para el provecho de otros. Razonamos así en la suposición de que estaréis en estado de gracia, es decir, unidos á vuestra Cabeza como miembros vivos; unidos al árbol de vida, como rama viviente. Sin esta condición, la savia divina que vivifica el sufrimiento del cristiano, suspenderá su circulación; y toda su acción sobre vosotros se reducirá por el momento á hacer cesar vuestro estado de muerte espiritual, es decir, á ponerlos en las condiciones requeridas para que la circulación de la vida divina pueda de nuevo efectuarse en vosotros. Al fin de este capítulo diremos cómo el sufrimiento, soportado con paciencia por el pecador que ha perdido la vida divina, es eficaz para obtener que le sea devuelta.

Supongamos, pues, que te hallas en estado de gracia. Te diremos: «Dichoso discípulo de Jesucristo, tus sufrimientos, unidos á los de tu Maestro,

tienen una eficacia toda divina». Por ellos te librarás de las tristes consecuencias de tus pecados, impidiendo al demonio recobrar sobre ti su imperio. Proveyéndote de un medio efficacísimo de satisfacer por tus pecados, tus sufrimientos, bien soportados, te conceden un medio efficacísimo de pagar á la Justicia divina la deuda que quizás no has pagado aun, es decir, la pena temporal debida á tus pecados. Por ellos obtendrás también la remisión de las culpas veniales cometidas por tu fragilidad ó por tu negligencia. Y no es ésta pequeña ventaja, sobre todo á los ojos del cristiano verdaderamente espiritual, que comprende á la luz de la fe cuán dañoso es el pecado venial, deliberado y por hábito, á los adelantos serios del alma en los caminos sólidos de la perfección. Así es que nuestros sufrimientos, librándonos de los tristes restos del pecado y depurando nuestra alma, acaban en nosotros, según la doctrina de San Pablo, lo que falta á la pasión de Jesucristo: *Adimpleo ea que desunt passionum Christi*. Por esta expresión enérgica, como lo explicaremos pronto con más extensión, el gran Apóstol ha querido darnos á entender que, para sernos aplicados enteramente los sufrimientos de Jesucristo, es menester que sean acabados y completados por los nuestros; y que, habiendo debido sufrir nuestra divina Cabeza, es preciso que sus miembros sufran con ella, si quieren participar de los beneficios de su pasión y de su muerte: *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur*. De otra manera, en ese todo admirable y divino que la inspirada lengua de la Iglesia llama el cuerpo místico de Jesucristo, no habría armonía entre los miembros y la Cabeza. ¿Qué armonía podría haber entre miembros extraños al dolor y una cabeza coronada de espinas?

Jesucristo, por su pasión, te ha reconciliado con Dios, su Padre. Por tus sufrimientos, unidos á los suyos, obtienes una confirmación nueva de esta dichosa reconciliación, es decir, un aumento de la gracia santificante, que es prenda preciosa de esta reconciliación, por virtud de la cual entras en la

amistad del Padre, á causa de la semejanza que tus sufrimientos te dan con su amadísimo Hijo. En efecto, el Padre quiere encontrar en los miembros de su Hijo la semejanza de su vida doliente y crucificada. Por la misma razón el Hijo quiere ofrecer á Dios, su Padre, como continuación de sus propios sufrimientos, los de los miembros á El unidos. ¡Ah, si la Justicia divina explica las penas que padecemos todos en este valle de lágrimas, el amor inmenso de Jesús por su Padre nos da también la verdadera explicación. No pudiendo sufrir más Jesucristo, mientras está en la gloria, porque Cristo resucitado no muere ni sufre, quiere al menos sufrir, por amor de su Padre y por nuestro amor, en la persona de sus miembros, complaciéndose en reproducirse en ellos, como en otros tantos Cristos dolientes y crucificados y perpetuando así hasta el último día del mundo su amorosa y dolorosa pasión. Quiere también hacernos comprender la eminente ventaja que hay para nosotros en sufrir, unidos con nuestra divina Cabeza, por virtud de la cual son divinizados nuestros sufrimientos. Y esta es la razón por la cual nos da tan larga parte de su cáliz y de su cruz. El cristiano bebe este licor amargo, y siente desarrollarse y trabajar en sí la savia del árbol de la vida, que no es otra que la sangre vivificadora de Jesucristo crucificado.

Alma cristiana, miembro de Jesucristo, tú sufres y te quejas, ¿qué digo? Acaso murmuro. Regocíjate y bendice al Señor cuya mano paternal te hiere! Esta prueba que te parece tan dura es una visita de tu Dios, como dice el santo Job, tipo completo del dolor y de la paciencia: «Desde la aurora visitáis al justo y al instante le probáis». *Visitas eum diliculo, et subito probas illum*. (Job., VII, 18.) Esta prueba es un grado nuevo y más elevado de incorporación de todo tu ser con Jesucristo, tu divina Cabeza, y por consiguiente, una participación de su vida divina: es una nueva garantía de la amistad de Dios para ti y de tu reconciliación con El.

Si tienes la desdicha de no hallarte en estado

de gracia, cuando llega esta prueba, sabe que no por eso deja de ser una visita del Señor, que por dicha prueba te invita paternalmente á volver á El. Y esto nos induce á decirte que el sufrimiento, aun para el pecador que está en pecado mortal, es extremadamente ventajoso. Sufriendo no merece, sin duda, con un merecimiento propiamente dicho, que da derecho á la remuneración, á título de estricta justicia y de condignidad (*de condigno*) como dicen los teólogos; pero por este sufrimiento, sobrellevado con humildad y sumisión, adquiere una especie de mérito convencional que dispone á Dios en su favor, atrae sobre sí la mirada de su misericordia, y prepara también la reconciliación definitiva de este pecador con su Dios, por la recuperación de la gracia santificante que ha perdido.

¡Cuántas pobres ovejas errantes han vuelto así al redil! ¡Cuántos pobres pecadores han vuelto así á la amistad de Dios, reconciliándose con El por la enfermedad, por los reveses de la fortuna, por las aflicciones y por el infortunio! Esto hizo decir á David: «Es un bien para mí que me hayáis humillado». *Bonum mihi quia humiliasti me.* (Ps., CXVIII.) Y también al Sabio: «Es más ventajoso para el hombre ir á la casa del duelo, que á la casa del festín». Máxima con la cual nos da á entender que en el estado de dolor en que vive el hombre, es más saludable para él el sufrimiento que el placer. El primero, desligándole del afecto de las cosas terrestres, le acerca á Dios, fuente de todos los bienes; el otro no sirve más que para separarle de Dios, acercándole más y más á las cosas perecederas.

Cuando la adversidad te visite, sea cualquiera el estado de tu alma, acéptala resignado y bendice á Dios diciendo con el santo Job: «El Señor me ha dado los bienes y El me los quita.....» ¡Sea bendito su nombre! *Dominus dedit; Dominus abstulit..... Sit nomen Domini benedictum.* (Job. I.) El Señor te había dado la salud, los bienes de la tierra, las alegrías de la familia, y el Señor te los quita. ¡Bendito sea su nombre! El Señor te había dado

los consuelos de la vida espiritual, llena de vivas luces, de santo valor, de fervor bien sentido: no habías soportado el peso de tu cruz, convertida en carga ligera por el Espíritu Santo, que derramaba sobre ti su dulce unción; pero he aquí que de repente suceden á este dichoso estado la desolación, la oscuridad, la pesadez y una especie de parálisis de tu alma, en lo que toca á la perfección. ¿Qué hacer entonces? Decir siempre: «El Señor me había dado esos bienes, y El me los quita. Hágase la voluntad del Señor y sea su nombre bendito». *Sit nomen Domini benedictum.* Mejor que nosotros sabe Dios lo que nos conviene y nos es más saludable.

Recibe, pues, de su mano con igual reconocimiento el consuelo y la desolación, y acuérdate de que las desdichas, las enfermedades, los reveses de la fortuna y las aflicciones, son una partícula preciosa de la cruz de Jesús, y una gota de su sangre reparadora que, al caer sobre ti de sus heridas entreabiertas, te lleva la salud. Si en el momento en que nuestro amadísimo Salvador espiró en la cruz hubieras tenido la dicha de hallarte á sus pies y hubiera caído sobre tus vestidos una gota de su sangre divina, escapada de sus heridas, ¡con cuánto respeto, con cuánto amor no la habrías recibido! Pues ahora te pregunto: todas las veces que el Señor te visita por la tribulación, ¿no recibes de cierta manera este insigne favor, puesto que tus sufrimientos, cuando tienes el cuidado de unirlos á los de Jesucristo, se unen, por esto mismo, á su divina sangre? Y esto se efectúa de tal manera, que si se oprimieran con la mano los sufrimientos del cristiano, permítasenos hablar así, arrojarían gotas de sangre del Hijo de Dios.

En efecto, Jesucristo, como cabeza, une estrechamente los sufrimientos de sus miembros á los suyos para hacer de todos uno solo, como sus miembros y El no forman más que un solo cuerpo místico, de que es la cabeza. Bajo este elevado punto de vista, el sufrimiento toma otro carácter, otro aspecto distinto de aquel bajo el cual tenemos la costumbre de mirarle. Y tanto aparece más tris-

te, humillante y pesado cuando no acude á fortalecerse con estos puntos de vista y sobrenaturales motivos de la fe, cuanto nutrido con ellos, tiene un no sé qué de suave y de elevado, que regocija al hombre afligiéndole, y le ennoblece humillándole. Es la rosa al lado de la espina; es el fruto de dulzura exquisita, bajo una corteza agria y dura: es el oro más puro, hundido bajo una grosera capa de tierra. ¿No es maravilloso que los sufrimientos, bien soportados, nos hagan agradables á Dios y nos abran las puertas del cielo? ¿No lo es que merezcamos por ellos un día ser glorificados con Jesucristo en la eterna morada de los elegidos? Esta verdad consoladora será el objeto del capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII.

DIVINA RECOMPENSA DE LOS SUFRIMIENTOS DEL CRISTIANO.

Aunque no puede decirse con verdad que nuestros sufrimientos nos humillan por debajo de nuestra dignidad, porque no hay humillación que no sea digna del que ha ofendido á la Majestad infinita de su Dios, es admirable su gran misericordia. Por una disposición de su infinita clemencia, los sufrimientos procuran al cristiano, que los sobrelleva santamente, una glorificación, tanto más grande, cuanto han sido mayores su humillación y aflicción. Y aquí recordamos todavía el ejemplo del santo Job. El peso de las tribulaciones le agobia; en el exceso de su dolor, la vida es para él una carga, y exclama: «¿Por qué ¡oh Dios mío! me habéis hecho salir del seno de mi madre? ¿No terminará pronto el corto número de mis días? Dejadme llorar un poco mi dolor, antes de ir á esa tierra tenebrosa, cubierta de la oscuridad de la muerte; tierra de miseria y de tinieblas, donde habitan la sombra de la muerte y un perpetuo horror». (Job, X.) Esta tierra tenebrosa es la tumba. Si

como Job, sientes que el dolor de la tribulación mina poco á poco tu vida; si la enfermedad te separa de la tumba sólo por algunos meses ó por algunos días, acuérdate de que este mismo Job, después de haber exhalado su dolor, exclamó con voz lastimera: «Tened piedad de mí; tened piedad de mí, al menos los que sois mis amigos». (Job, XIX.) Y elevándose con un esfuerzo sublime, añadió lleno el corazón de esperanza: ¡Ah quién me diera que mis palabras fueran escritas y grabadas en piedra! «Yo sé que mi Redentor vive, y que el último día resucitaré de la tierra». Ahí tienes cómo la esperanza segura de la resurrección le consoló entre sus grandes pruebas.

¡Consuéleos así á vosotras, almas afligidas! Si vuestras aflicciones son numerosas y punzantes; si sentís que los sufrimientos abren una tumba profunda bajo vuestros pies, también tenéis la seguridad de recibir la abundancia, siempre creciente, de los dones divinos. En la misma tierra resucitaréis á una vida nueva, á resoluciones más enérgicas, á una piedad más sólida, á una virtud más fecunda en actos generosos. Tendréis ascensiones gloriosas, ascensiones de virtud en virtud, de gracia en gracia, de las que habla el Salmista, cuando dice del hombre justo y afligido que pone su apoyo en el Señor: «El ha dispuesto ascensiones en su corazón, en este valle de lágrimas». *Ascensiones in corde suo disposuit in valle lacrymarum.* Irá de virtud en virtud, porque el legislador supremo, cuya voluntad ha cumplido fielmente, derramará sobre él, en medio de sus sufrimientos, sus bendiciones. *Etenim benedictionem dabit legislator, ibunt de virtute in virtutem.* Y Dios será visto en Sión. *Videbitur Deus deorum in Sion.* Es decir, la vista de Dios, la vista divina de Jesús se manifestará en ti, alma afligida, como en otra Sión donde el Señor se complace en habitar. Esta visión divina se te concederá con cierta especie de plenitud, cumpliéndose en ti el deseo más caro del Buen Pastor, que no desea nada con más ardor que ver á sus ovejas recibir con más abundancia la vida de que es fuente

inagotable. *Ut vitam habeant, et abundantius habeant.*

Cuanto más combate la tempestad á la encina del bosque, más arraiga en la tierra y se hace vigorosa. Al desencadenarse contra ti la tribulación, te dará más firmeza en el bien. Nada hay, en efecto, que fortifique más á un alma en el servicio de Dios que la tentación vencida, las pruebas valerosamente soportadas por el amor de Dios. Atleta intrépido, el discípulo de Jesucristo sale de esta lucha más ágil y vigoroso. Si, las tribulaciones, en los designios misericordiosos de la Providencia, tienen por objeto, no sólo hacernos expiar nuestras faltas, no sólo desligarnos de la tierra, sino también arraigarnos más y más en la práctica de las virtudes, sobre todo en la de la humildad, la paciencia, el desprecio de nosotros mismos, el amor de Dios y del prójimo, y, por consiguiente, en hacernos adquirir nuevos méritos, para embellecer nuestra corona y prepararnos para la otra vida, según la expresión de San Pablo, un peso eterno de gloria. *Aeternum gloriae pondus operatur in nobis.*

¿Cómo el cristiano, que ha sufrido tan valerosamente en unión con Jesucristo, su divina Cabeza, no habría de tener una parte abundante en su gloria y en sus alegrías celestiales? ¿Cómo, después de haber participado tan largamente, por su amor, del cáliz de su agonía y de su muerte, no había de haber para él una gloriosa resurrección, una gloriosa recepción en el cielo? En fin, ¿cómo no habría de ser puesto en posesión, para no perderla jamás, de una recompensa deliciosa, inefable y eterna? San Pablo lo ha dicho: «Si sufrimos con Jesucristo, ¿no seremos glorificados con El?» *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* (Rom., 6.) Has sufrido con Jesucristo, has soportado pacientemente por su amor los males, las adversidades, la pérdida dolorosa de un padre, de una madre, de un hermano, de una hermana, de un hijo querido, en quien habías puesto tus esperanzas. Has aceptado con sumisión y amor las pruebas de la vida espiritual, las tentaciones, las esterilidades, las desolaciones,

las penas interiores y las agonías del alma. Has realizado la condición que expresa el gran Apóstol: *Si tamen compatimur.* ¿Cómo, si continúas siendo fiel, podrías no ver realizarse en ti la segunda parte del oráculo, y no ser glorificado en el cielo con Aquel por quien has sufrido tanto en la tierra? *Si tamen, compatimur ut et conglorificemur.*

El ejemplo del mismo San Pablo es una garantía segura de que no será frustrada tu legítima esperanza; porque hablando de sí mismo y de todo lo que sufrió por Jesucristo, ha dicho: «Yo he combatido el buen combate; he acabado mi carrera; he conservado la fe: no me resta más que recibir la corona de justicia que me está reservada». *Bonum certamen certavi; cursum consummavi; fidem servavi; in reliquo reposita est mihi corona justitiae.* (II, Tim., IV.)

La cruz, los sufrimientos, son, pues, para el cristiano que los soporta pacientemente en unión con Jesucristo, su divina Cabeza, una prenda segura de salvación. Sobre este punto escucha la hermosa reflexión del P. Nouet, de la Compañía de Jesús, en su libro intitulado: *El hombre de Oración:* «Admirable lazo, dice, el de la gloria, la gracia y la cruz, que el Verbo ha unido, primero en su persona, después en la de su Madre, y, por último, en la persona de todos sus elegidos; de tal suerte, que quitarle uno de estos tres brillantes caracteres de su predestinación, es borrarlos del libro de la vida. La cruz es la medida de la gracia, y la gracia la de la gloria. Si rehusáis la cruz que el Hijo de Dios os presenta, os priváis de su amor y perdeis vuestra corona.»

Esto explica cómo los Santos, asistidos de las luces que vienen de lo alto, tenían en tan grande estimación los sufrimientos de que se mostraban santamente ávidos é insaciables.

A este propósito, he aquí lo que leemos en la vida de Santa María Magdalena de Pazzi, santa heroína de la cruz. Como sufriera mucho en su última enfermedad, una de las religiosas á quien había preparado en su noviciado, compadecida de sus

dolores, la dijo: «Madre maestra, es bien extraordinario que Dios os provea cada día de una nueva materia de sufrimiento.—Querida hermana, respondió la Santa, tal ha sido mi deseo desde mi juventud; y tengo en estimación grandísima esta gracia que tenía la costumbre de pedir, especialmente después de cada una de mis comuniones.—Y añadió: El ejercicio de la paciencia es tan noble que el Verbo de Dios, gozando en el seno del Padre todas las delicias y todos los bienes del paraíso, descendió á la tierra para ataviarse con las vestiduras del sufrimiento y de la paciencia, que no hallaba en el cielo. El Verbo era Dios y no podía engañarse».

Como otra hermana la expresase también su compasión por sus muchos sufrimientos, respondió la Santa: «Yo me conformo con todo lo que agrada á Dios, y le ofrezco cordialmente el sacrificio de todos los consuelos..... con tal de salvarme».

CAPÍTULO VIII.

DIVINA EFICACIA DE LOS SUFRIMIENTOS, SOPORTADOS POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.—MISIÓN DIVINA DE LOS SUFRIMIENTOS EN JESUCRISTO.

Después de haber manifestado los dichosos efectos de los sufrimientos en nosotros mismos, es preciso decir cómo por los sufrimientos, soportados en unión con Jesucristo, podemos ejercer el *apostolado*, poniendo en manos de Dios un instrumento de salud eterna para los demás. Doctrina que resaltará en las consideraciones siguientes, que tienen por objeto demostrar la *misión divina* de los sufrimientos en favor de la salvación de las almas. Entendemos por esto que los sufrimientos de los cristianos en Jesucristo y por Jesucristo, de cuyo cuerpo

místico son miembros, han recibido el alto destino de completar y acabar, como dice San Pablo, la obra redentora del Hijo de Dios. Para esclarecer esta verdad es necesario demostrar, desde luego, la misión divina de los sufrimientos en Jesucristo mismo, y en el establecimiento de la religión católica.

En efecto, el Hijo de Dios, comunicando á sus sufrimientos una virtud divina, los ha dado al mismo tiempo una *divina misión*, la de salvar al mundo. Por este fin sufrió y murió en la cruz. Encargada de continuar su obra, ó más bien de aplicarla al mundo, la Iglesia católica ha debido asociarse á los sufrimientos del Hijo de Dios y á la divina misión de dichos sufrimientos. Depositaria la Iglesia de los méritos del Redentor, se estableció por la cruz y se propagó y continúa propagándose por ella. Por la cruz tendrá su consumación final, de tal suerte, que el oráculo de San Pablo: *Christum oportuit pati*, «Ha convenido que Cristo sufra,» extiende el calvario sobre todos los siglos, hasta el último día del mundo, como una palabra del orden divino con la cual todas las generaciones humanas deben conformarse, bajo pena de ser excluidas para siempre del beneficio de la redención.

Que Jesucristo ha dado á sus propios sufrimientos una misión divina; que muriendo en la cruz ha inaugurado en su persona el *Apostolado de los sufrimientos*, y que ha establecido su divina religión por la cruz, es el hecho más claro de la historia. Plantado sobre el Gólgota el sagrado signo de nuestra religión, domina desde esta altura la universalidad de las naciones y de los siglos. Desde cualquiera región, desde cualquiera punto apartado del espacio, en que el hombre vuelva su mirada hacia esta montaña misteriosa, de donde nos vino la salud, ve la cruz que se levanta delante de él como un faro inmenso, alumbrando con sus rayos divinos la oscuridad de los siglos, guiando, á través de las olas agitadas de los tiempos, á las generaciones humanas en su marcha hacia la eternidad. Antes de la venida de Cristo proyectaba

ya, por una participación maravillosa, su divina claridad sobre las edades más lejanas y hasta sobre la cuna del mundo. Isaías la había columbrado, con su mirada profética, mucho tiempo antes del día en que fué elevada sobre el Gólgota; y viendo suspendida de ella á la víctima santa, había exclamado: «He aquí al hombre de dolores: *Virum dolorum*. El ha tomado sobre sí nuestras indolencias y ha llevado el peso de nuestros sufrimientos.» *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.* (Is., LIII.)

Todo lo que en la antigua ley representó más exactamente la redención del género humano por Jesucristo, ha sido una figura, un símbolo sangriento de la cruz. El justo Abel, muerto por Caín; Isaac, víctima obediente, llevando sobre sus hombros la leña para su sacrificio; José, vendido por sus hermanos; Job, tipo acabado de paciencia y de dolor; Jeremías, el profeta de las lamentaciones y de las lágrimas, llorando sobre la pasión del Hombre-Dios, como si hubiera estado presente en su muerte: en una palabra, la mayor parte de los principales personajes del Antiguo Testamento, particularmente los Profetas encargados de predecir al Libertador futuro, han sido figuras vivas de sus dolores.

Oigamos á San Pablo cómo celebra en términos magníficos la fe y el valor de estos testigos y mártires anticipados del Hombre-Dios: «Los unos fueron desgarrados; los otros, después de haber sido cubiertos de oprobios y de golpes, fueron cargados de hierros y arrojados en las prisiones. Se les lapidaba, se les partía en dos, se les atormentaba, se les mataba por el hierro. Andaban errantes por las campiñas, vestidos con pieles de bestias, faltos de todo, entregados á todo linaje de angustias y aflicciones. Tales fueron estos hombres de que el mundo no era digno, por lo cual vivían errantes en las soledades, en las montañas, en las grutas y cavernas de la tierra.» *Quibus dignus non erat mundus. In solitudinibus errantes, in montibus et speluncis, et in cavernis terræ.* (Hebr., XI, 38.) Ahora bien, ¿por qué sufrieron tanto? Porque eran los precur-

sores de la gran víctima del Calvario y debían expresar en sus personas algunos de los rasgos de su dolorosa pasión. Sufriendo y orando, en el seno de aquellos oscuros y penosos siglos de espera, libraron á la tierra de las maldiciones del cielo. Estos hombres—dice un sabio comentarista—atesoraban dignidad tan grande, que el mundo no era digno de poseerlos. Por sus oraciones, por la santidad de su vida, obtenían de Dios la conservación de las ciudades, de las provincias, del mundo entero, impidiendo que sepultara á los hombres en un nuevo diluvio, á causa de sus pecados.

Has visto, lector querido, la eficacia del *Apostolado de los sufrimientos* antes de la venida del Mesías. ¿Cuál no será, después de su aparición entre nosotros, la virtud de este apostolado? Si la oración, los sufrimientos y los méritos de los santos de la ley antigua ejercían sobre sus contemporáneos tan saludable influencia, ¿cuánta más no ejercerán las oraciones, los sufrimientos y los méritos de los santos de la nueva, después de que Jesucristo derramó su sangre en el Calvario, sobre su siglo y sobre el mundo entero?

El Mesías, por tan largo tiempo deseado, apareció en fin. Desde la cuna al sepulcro llevará impreso en su vida el signo del dolor, como sello de la cruz á que fué cosido, para el rescate del género humano. Dios Padre lo ha decretado así en su infinita sabiduría: Es preciso que el Cristo Redentor sufra y muera.» *Christum oportuit pati.* Tres años de su vida mortal empleó en predicar el Evangelio: pero *antes, mientras y después* de la predicación sufre, hasta que llega al colmo de su sacrificio, muriendo en la cruz. Jesús, pues, está constituido en mediador entre Dios y los hombres, por sus sufrimientos y por su muerte.

La cruz de Jesús, he aquí el único medio de salvación para los pobres hijos de Adán. Es cosa impuesta por un decreto del Eterno. «Ninguno se salvará sino por la cruz, por la sangre que Jesucristo derramó en ella.» San Pablo lo dice: *Per sanguinem crucis ejus.* (Col., I.)

Hay que partir de este principio incontestable para comprender bien lo que nos resta que decir sobre la misión divina de los sufrimientos en los miembros vivos de Jesucristo.

Pero antes completemos lo que ya se ha dicho con las reflexiones siguientes. Es de tal manera verdad que fué preciso que Cristo sufriera y muriera, que San Juan en el Apocalipsis, hablando de Jesucristo, el Cordero inmaculado, no temió decir que lo fué después del origen del mundo: *Qui occisus est ab origine mundi*. (Apoc., XIII, 8.) En efecto, de antemano, por decreto eterno de Dios, fué reservado, predestinado Cristo al sacrificio, y estaba ya como inmolado á los ojos de Dios, para quien todo está presente. Sino que durante cuatro mil años, lo que fué una inmolación decretada y como virtualmente anticipada, se convirtió para Cristo Redentor en una realidad terrible, desde el primer instante de su vida mortal, sobre todo en su agonía en el Huerto de las Olivas, en su pasión y en su muerte.

Acerca de esta inmolación continua del Hombre-Dios, permítasenos aportar el testimonio de Santa Catalina de Sena. Muy frecuentemente—nos dice el autor de su vida—hablando de los sufrimientos del Salvador, afirmaba la Santa con un acento de certidumbre, que desde el primer instante de su concepción había llevado El la cruz en su alma, á causa de su excesivo deseo de la salvación de los hombres. Amando Dios al hombre con un amor perfecto—decía la Santa—Jesucristo soportaba interiormente los tormentos de un verdadero martirio, hasta que por su pasión y muerte devolvió á Dios el honor que el pecado del hombre le había robado, y al hombre la salud que para siempre había perdido por su pecado. Y nadie se figure—añadía Santa Catalina—que esta cruz fué pequeña y ligera; por el contrario, fué grande y pesada.—Tal es la afirmación de una Santa á quien nuestro Señor se dignó honrar con sus confianzas, y á quien había asociado de una manera tan íntima á su vida crucificada. Por lo demás, es tam-

bién la opinión común, resumida en estas palabras tan conocidas del autor de la *Imitación de Jesucristo*: «Toda la vida de Cristo—dice—ha sido una cruz y un martirio continuo». *Tota vita Christi crux fuit et martyrium*.

CAPÍTULO IX.

MISIÓN DIVINA DE LOS SUFRIMIENTOS EN MARÍA, MADRE DE JESÚS.

—

Cuando quiere el divino Redentor asociar á alguno á su obra reparadora, le asocia al mismo tiempo al medio reparador que ha elegido para rescatar al mundo, quiérese decir, á la cruz. He aquí por qué la Iglesia católica, que ha recibido de Jesucristo la misión de continuar su obra de reparación á través de los siglos, esto es, de aplicar á los hombres los méritos del Redentor, lleva siempre en la frente el signo sangriento de la cruz, y vive siempre en la persecución y en los sufrimientos. De aquí la denominación de *militante*, dada á la santa Iglesia, nuestra madre, y en una medida más ó menos restringida, á cada uno de sus hijos; de aquí también que las almas, á quienes nuestro Señor se digna asociar particularmente á su misión reparadora, tengan una parte más ó menos grande en sus dolores, que El la reserva, y una parte más extensa de cooperación en su obra. Para no citar más que un solo ejemplo, el más brillante de todos, ¿quién no sabe que la criatura más excelente, llamada por los Padres y los Doctores la segunda *Mediadora* del mundo, ha sido también la segunda *Victima*? Aquella á quien invocamos bajo el título de Madre de Dios y Reina de los Apóstoles, *Mater Dei*, *Regina Apostolorum*, ¿no la invocamos también bajo el título de Virgen de los Dolores y de Reina de los Mártires, *Virgo Dolorosissima*, *Regina Martyrum*?